

**Comentarios y reflexiones a propósito
de un nuevo libro: Deslauriers, Jean-Pierre;
Hurtubise, Yves (2005). “Le travail social
international. Éléments de comparaison”**

MIGUEL MIRANDA ARANDA

TRABAJADOR SOCIAL
LICENCIADO Y DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y CULTURA
ESCUELA UNIVERSITARIA DE ESTUDIOS SOCIALES.
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA.

Resumen: Se plantean algunos comentarios y reflexiones a partir del libro recientemente editado en Canadá por Deslauriers y Hurtubise. Los autores coordinan una obra en la que intervienen distintos especialistas procedentes de diferentes países. A propósito de lo que sugieren y concluyen los autores se realizan diferentes comentarios sobre el proceso de profesionalización del Trabajo Social, sobre la situación de la formación, sobre el papel y las funciones de los trabajadores sociales y sobre algunas otras cuestiones a las que invita este estudio comparativo que incluye distintos países europeos, pero también americanos.

Palabras clave: Trabajo Social internacional, globalización, estudio comparativo.

**Some Comments and Thoughts on the Publication of a
New Book: “Le travail social international. Éléments de
comparaison” (Deslauriers, Jean-Pierre and Yves
Hurtubise, 2005)**

Abstract: This article includes comments and thoughts on a book which has been recently published by Deslauriers and Hurtubise in Canada. The authors have edited a book in which different specialists from different countries have participated. On the basis of what they suggest and conclude, the authors carry out different analyses on the development of the Social Work profession, the current status of training, the role and functions of social workers and some other questions, which this comparative work dealing with different European but also American countries reflects on.

Keywords: International Social Work, globalisation, comparative study.

Comentarios y reflexiones a propósito de un nuevo libro: Deslauriers, Jean-Pierre; Hurtubise, Yves (2005). “Le travail social international. Éléments de comparaison”



Miguel Miranda Aranda

En el primer capítulo de su libro titulado “Teorías contemporáneas del Trabajo Social. Una introducción crítica”, Malcolm Payne (1995) planteaba, a mi juicio con acierto, una perspectiva construccionista de la teoría del Trabajo Social. Según este autor, el Trabajo Social es una actividad socialmente construida, es complejo y varía según las culturas y sólo se puede comprender en el contexto sociocultural de los elementos participantes. Afirma que las diferencias entre bloques culturales son importantes, aunque reconoce que gran parte de los antecedentes y de la literatura del Trabajo Social proviene de las culturas occidentales y lo más seguro es que éstas no encajen en el bloque cultural no occidental. Concretamente afirma este autor que

“las teorías de lengua inglesa presentan a su juicio, un carácter expansionista, las diferentes formas en la organización de los servicios sociales y de la formación profesional que existen en los distintos países, crean en ellos conjuntos diferenciados de ideas que no se encuentran con facilidad ni en los Estados Unidos ni en el Reino Unido. Por ejemplo, en Francia existe un cuerpo de agentes de bienestar social que tienen un cometido relacionado con el Trabajo Social, pero que difiere de ésta si nos atenemos a los conceptos que de ella se tiene en los

Estados Unidos y en la Gran Bretaña (Birks, 1987). De igual manera, las ideas de la Europa occidental referentes a la pedagogía social (Véase Hamalainen, 1989) que promueven aportar a la asistencia social soluciones educativas más bien que terapéuticas, no suelen tener mucho eco en los dos países anteriormente citados". (Payne, M. 1995:)

Recordaba el trabajo de Payne, un libro bastante aclaratorio en su momento y que quiero creer que ha sido muy utilizado tanto por profesionales como por alumnos, al leer el libro dirigido por los colegas de Québec Deslauriers y Hurtubise. El primero de ellos ha sido profesor invitado en la Universidad de Zaragoza, y con este motivo tuvimos ya hace tiempo la oportunidad de hablar largo y tendido sobre algunas cuestiones que ahora están reflejadas en estas páginas. El trabajo en común de las redes universitarias, en este caso la Université Laval, Valencia y Zaragoza nos posibilitan estas ocasiones siempre estimulantes.

"Le Travail Social international", tras una breve introducción en la que se señalan los objetivos que se plantean en este trabajo, contiene un primer capítulo en el que se debate sobre la dimensión internacional de la disciplina en el contexto de la mundialización y un último capítulo de los dos directores en el que se concluye sobre el análisis comparativo realizado. En medio, el lector puede encontrar un análisis de la situación del Trabajo Social en diferentes países. Concretamente, los países estudiados (por orden de aparición) son Francia, Bélgica (francófona), Suiza, Italia, España (los autores de este capítulo son José Ramón Bueno Abad y José Vicente Pérez Cosín, de la Universidad de Valencia), Portugal, Argentina, Chile, Brasil, Québec y México.

Sin duda hay libros que aparecen en el momento más oportuno y éste que comentamos, es uno de ellos. Tanto por las cuestiones que plantean los autores, a las que no dejan de dar respuestas, como por ver la luz cuando en Europa estamos comprometidos en un proceso de convergencia en lo que se refiere a las Enseñanzas superiores, este volumen tiene gran utilidad desde luego para los académicos, a los que proporciona una información actualizada sobre el "estado de la cuestión" pero también a los alumnos y a los trabajadores sociales intere-

sados por conocer la situación de su profesión y su disciplina en otros ámbitos geográficos europeos y latinoamericanos, además del caso de Quebec. La inclusión de otros países situados en otros ámbitos culturales hubiera tenido también un gran interés, pero el empeño tiene sus dificultades y merece la pena pensar en otro volumen a publicar en el futuro. Quizás los organismos profesionales internacionales pudiesen avanzar en el camino señalado por estos autores, añadiendo más países al análisis.

Vayamos pues por partes. Comienzan los autores planteándose una definición del Trabajo Social. Parecería que permanentemente estamos obligados a perfilar la definición de la profesión y de la disciplina, como si las definiciones precedentes no acabaran de satisfacerlos, como si se tratara de un objetivo nunca conseguido del todo, como si todavía estuviéramos en una fase muy inicial de un proceso recientemente comenzado. El tema no es baladí porque definir tiene que ver con la construcción de la identidad propia y la identidad tiene que ver con el rol profesional a desarrollar en competencia evidente con otras profesiones y disciplinas, con el reparto de tareas en el funcionamiento de los equipos multidisciplinares y con el estatus profesional. Por qué no decirlo: esta preocupación permanente por definir provoca no poca inquietud e inseguridad entre profesionales y alumnos. Rápidamente me apresuro a decir que tal afán definitorio no es exclusivo del Trabajo Social y aun más, que los debates intradisciplinares en relación con la identidad es algo bastante común en otras muchas disciplinas, tales como la Sociología, la Psicología, la Antropología, la Psiquiatría o incluso en el caso de la misma Medicina, paradigma de profesión y disciplina "establecida" y sin problemas de reconocimiento, al menos en las sociedades desarrolladas. No hay que inquietarse demasiado pues por esta "tensión definitoria" ni interpretarla como un síntoma de inmadurez del Trabajo Social, lo que no quiere decir que la cuestión sea insignificante.

Pues bien, las identidades disciplinares y profesionales se definen por el objeto, algo que es exclusivo, propio, único, no compartido. Se pueden compartir conceptos, teorías, valores éticos, métodos, modelos de intervención, lugares de trabajo... pero si se comparte el objeto estaríamos hablando de la misma disciplina y no de dos diferentes. Los autores recuerdan la definición adoptada por la Federación Internacional de trabajadores

sociales en Montreal en año 2000 que luego hizo suya la Asociación Internacional de Escuelas de Trabajo Social. Promover el cambio social, la resolución de problemas en el contexto de las relaciones humanas y la capacidad y la liberación de las personas a fin de mejorar el bienestar general; gracias a la utilización de las teorías del comportamiento y de los sistemas sociales, el Trabajo Social interviene en el punto de encuentro entre las personas y su entorno... Este tono "interaccionista" no deja de ser, a mi juicio, bastante continuista, bastante ortodoxo atendiendo a las más antiguas tradiciones del Trabajo Social. Me refiero obviamente a la disciplina que se constituye como tal gracias a las aportaciones de la llamada Escuela de Chicago, es decir del interaccionismo propio de la principal Escuela de pensamiento social en las décadas en las que las disciplinas sociales dan un salto definitivo para tener un lugar en el mundo.

Una vez resuelto el tema de la definición disciplinar se plantean la dimensión internacional. Una dimensión internacional que preocupó muy tempranamente. Los autores recuerdan la conferencia de París de 1928 que reunió a 3000 delegados y otros acontecimientos anteriores a la mitad del siglo XX. A pesar de los numerosos antecedentes parece que hablar de Trabajo Social internacional con fines comparativos siempre encuentra el mismo obstáculo: cómo comparar experiencias a veces tan diferentes. Esta preocupación internacional está sin embargo cada vez más presente en nuestras vidas. Como afirman los autores el contacto con otra cultura permite no solamente conocer los valores y la ideología del otro, sino también la propia. En el caso europeo los intercambios facilitados por los programas de la Unión europea (Erasmus, Sócrates) han facilitado a muchos estudiantes tomar conciencia de esta dimensión internacional de su profesión y analizar otros sistemas económicos y políticos y otros sistemas de bienestar social. En fin, el fenómeno de la mundialización aporta nuevas perspectivas y obligaciones. Recuerdan que los formadores de Trabajo Social faltaríamos a nuestra responsabilidad si no presentamos una visión mundial a nuestros estudiantes.

A propósito de la mundialización los autores exponen las posiciones diferentes. La primera afirmaría que la mundialización tiene una influencia determinante sobre el Trabajo Social. La segunda por el contrario, mantiene que tal influencia se ha

exagerado. La primera defiende que en las actuales circunstancias todo Trabajo Social es internacional, la segunda defiende que los trabajadores sociales han de tratar de solucionar los problemas concretos que tienen sus conciudadanos y los más urgentes no son los de la mundialización sino los que requieren una acción local, inmediata y en consecuencia, sin estar ausente, su influencia se habría exagerado. Para los autores este fenómeno se plantea más como un desafío que como una fatalidad.

En este contexto se plantea la cuestión de si la disciplina del Trabajo Social es o no universal. La respuesta que Malcolm Payne daba a esta cuestión es que aunque no en todas las sociedades funciona lo que llamamos Trabajo Social, se trata de una actividad ampliamente difundida por las asociaciones internacionales y que cuenta con un lenguaje y una literatura comunes. Lo que ya es mucho decir, añadiríamos nosotros. Deslauriers y Hurtubise comienzan este apartado constatando que el número de programas de Trabajo Social en el mundo está en una progresión neta. Según el anuario de la Asociación Internacional de Escuelas de Trabajo Social habría casi 2000 Escuelas lo que significa que su número se ha multiplicado por veinte desde los comienzos del siglo pasado. A pesar de todo ello, ¿se puede afirmar que el Trabajo Social sea algo verdaderamente internacional? Para contestar a esta pregunta los autores comienzan señalando circunstancias relativas a la evolución social e histórica de las sociedades que no han sido las mismas en todo caso. Recuerdan que el Trabajo Social nació para solucionar los problemas que se presentaban en la transición de los países occidentales hacia el capitalismo. Era necesario pasar de una economía basada en la agricultura a otra basada en la industria, de una producción de subsistencia a una producción de mercado, emigrar del campo a la ciudad. En consecuencia, teniendo en cuenta en qué países se desarrolló con más fuerza la revolución industrial se entenderá *que la influencia anglosajona, sobre todo americana, ha sido muy grande en la teorización de la disciplina. Sin embargo las condiciones sociales no son las mismas. En los países ricos, la pobreza y la marginalidad afectan a una minoría, mientras que en los países pobres, la pobreza es endémica: no se trata de un problema de adaptación de una minoría sino de una situación estructural genera*

lizada. Si esto es así, porque también se podría mantener que la pobreza en los países ricos también es el resultado de variables estructurales propias del sistema capitalista, cabe preguntarse si las bases teóricas norteamericanas serían o no de general aplicación, si los paradigmas que vienen de la Sociología o la Psicología son los adecuados para la intervención social.

Es sabido que apoyándose en las Ciencias sociales el Trabajo Social construyó su base científica y justificó su estatus profesional. Si esa base teórica no es de general aplicación habría que preguntarse, creo yo, no ya sobre el Trabajo Social, que es una disciplina evidentemente aplicada, sino sobre las propias Ciencias Sociales y si éstas tienen algo que decir en ámbitos diferentes a aquellas sociedades donde nacieron y se desarrollaron. Si la respuesta fuera negativa, es obvio que el Trabajo Social en aquellos países tendría que buscar otras bases científicas donde apoyarse para construir la teoría con la que orientar su actuación. Obviamente sin salirse del terreno científico, porque de lo contrario, estaríamos hablando de otra cosa distinta, que podía ser una vuelta a la caridad o a la filantropía y no dejaría de ser un regreso a la situación que se daba en las sociedades ahora industrializadas en el siglo XIX. Si la actividad resultante quiere llamarse Trabajo Social, habría de mantenerse en el ámbito común del pensamiento científico. De lo contrario sería otra cosa no homologable a lo que internacionalmente se conoce como Trabajo Social.

Señalan Deslauriers y Hurtubise que en Europa la dimensión pedagógica y educativa tuvo mucha más importancia que en otros lugares y recuerdan que otros autores (Drucker) reclaman mayor atención para la Educación y la Economía. La poca relación del Trabajo Social con estas últimas disciplinas explicaría por qué los trabajadores sociales *formados a la americana*, tienen tanta dificultad en aplicar sus conocimientos en los países en vías de desarrollo. Para vacunarnos contra complejos de inferioridad tenemos que reiterar el argumento señalado más arriba: el Psicoanálisis, el Conductismo, el Interaccionismo simbólico, la Teoría de los sistemas, incluso determinadas bases teóricas de la Medicina occidental y los sistemas sanitarios occidentales, por señalar algunos ejemplos, ¿son o no aplicables en los países no desarrollados? Por ejemplo, el dedicar los recursos disponibles en instaurar un hospital de máximo nivel en un país en

vías de desarrollo empeoró los índices de morbi-mortalidad del total de la población, por la sencilla razón de que a dicho hospital sólo tenían acceso las élites, pero el resto de la población vio deteriorarse progresivamente los sistemas de atención primaria, que imitando los sistemas occidentales, ni siquiera habían acabado de generalizarse. Pongo un ejemplo de sistemas de atención pero cabría decir lo mismo respecto a las grandes paradigmas que el mundo occidental ha construido desde el siglo XIX. Un psicólogo, un médico, un sociólogo, un antropólogo, un trabajador social, ejercen su profesión de la misma manera o por el contrario, tal ejercicio está irremisiblemente marcado por el contexto socioeconómico. Deslauriers y Hurtubise recuerdan que muchos autores proponen que hay que ponerse a la tarea de traducir y adaptar el *Trabajo Social a las condiciones particulares de la sociedad donde se ejerce. Así, los trabajadores sociales autóctonos deben criticar, adaptar y reinventar nuevos conceptos, nuevas teorías más apropiadas a su contexto.*

Para acabar este apartado y a propósito del proceso europeo, los autores plantean una cuestión importante: si la estandarización de los sistemas de educación supone la estandarización de programas y si tal estandarización no sería un peligro para la profesión. Sería deseable compartir objetivos comunes, una deontología, conocimientos y métodos de práctica, pero hay que ser consciente de las enormes variaciones en la naturaleza y el grado de las necesidades sociales de sociedades diferentes con condiciones económicas sociales y culturales diferentes. Esta tendencia a la estandarización puede condicionar la capacidad de la profesión en responder eficazmente a las necesidades locales y retardar por tanto el desarrollo profesional. Desde mi punto de vista, no parece incompatible conseguir los dos objetivos: construir una identidad profesional y disciplinar a nivel mundial garantizando a la vez la capacidad del Trabajo Social para adaptarse a las condiciones concretas de cada realidad nacional. Ni más ni menos que lo que hacen otras profesiones y se supone que algún entrenamiento en este terreno han de tener los trabajadores sociales, mayor si cabe que otras profesiones.

Comenzando por el peculiar "caso francés" en el que al menos una quincena de profesiones se engloban bajo la expre-

sión “Trabajo Social,” por lo que suponemos que los colegas del otro lado de los Pirineos van a tener que hacer un esfuerzo particular en el proceso de construcción del espacio europeo de educación superior, diversos autores van exponiendo en los capítulos siguientes la situación del Trabajo Social en los distintos países que ya hemos señalado al principio. Remitimos a los lectores a la valiosa información que transmiten los especialistas a los que Deslauriers y Hurtubise encargaron el análisis relativo cada uno de los países. Con pequeñas variaciones el esquema utilizado para el análisis de cada país es el siguiente:

1. El proceso de profesionalización
2. La situación de la formación en Trabajo Social
3. Los papeles y las funciones del Trabajo Social
4. El personal del Trabajo Social.

Los coordinadores de la obra, Deslauriers y Hurtubise, asumen la responsabilidad del último capítulo titulado “Para un análisis comparativo del Trabajo Social” en el que quieren proponer algunas ideas que someten a la reflexión de los lectores. Se trata de un capítulo en el que tratan de obtener algunas conclusiones a partir de la información suministrada en los capítulos anteriores. Respecto a los orígenes del Trabajo Social se refieren a cuestiones como los orígenes vinculados a la revolución industrial del XIX en Inglaterra y enseguida, en los Estados Unidos para extenderse posteriormente a otros países, la importancia de la década de 1920 en el que la mayoría de los países anglosajones y latinos reconocen el Trabajo Social como una ocupación legítima, la relación con alguna confesión religiosa en varios países, la omnipresencia de las mujeres (lo que justifica que la profesión haya estado siempre unida a la intervención femenina), aspecto éste que también sería aplicable a otras disciplinas relacionadas con los cuidados, tales como la enfermería lo que sugiere la relación del proceso de construcción de algunas profesiones con la división del trabajo y la cuestión del género en las sociedades occidentales. Una última cuestión es la constatación de cómo unos países influyeron en otros, de manera que no hay una “tradicción nacional” que no recibiera influencias de otros países, a veces de continentes distintos, lo que lleva a los autores a hablar de una cierta “mundialización” del Trabajo Social, especialmente desde los años 1920 a 1930,

una década especialmente relevante en la historia del Trabajo Social internacional.

Respecto al reconocimiento profesional se señala que el análisis comparativo sugiere que en los países latinos el Trabajo Social ha adquirido un reconocimiento profesional relativamente tarde y que su desarrollo está marcado por el Trabajo Social anglosajón y también por las ciencias sociales, especialmente por la Sociología. El desarrollo de las Ciencias humanas durante los años 1940 y 1950 tendrá su impacto en la formación y en la práctica del Trabajo Social, de manera que quedarán relegadas las prácticas asistenciales, del tipo "visitadores sociales" de las décadas anteriores. Los años 60 y 70 vieron surgir una serie de movimientos sociales que también tuvieron su impacto en la disciplina y en la profesión poniendo en cuestión el orden social y las certidumbres teóricas sobre las que se apoyaba el Trabajo Social. Las funciones asistenciales del servicio social fueron criticadas en nombre una concepción más igualitaria de la vida en sociedad y en el nombre de la búsqueda de un estatuto científico más acorde con el estado de los conocimientos científicos.

La década de los 80, afirman Deslauriers y Hurtubise, representan un periodo de reflexión profundo sobre los fundamentos del Trabajo Social. Este periodo es propicio al desarrollo de la reflexión profesional, el Trabajo Social ha desarrollado conocimientos, posee lugares de formación, universitarios en algunos casos, ha creado revistas científicas, colecciones de libros específicos... Se hablará de la disciplina del Trabajo Social y no sólo de una profesión. Contradictoriamente, los autores sugieren la aparición de una nueva crisis de identidad cuando parecía que ya había llegado a la madurez de una profesión puesto que poseía todos sus atributos. Sobre el terreno, el Trabajo Social está confrontado con otras profesiones como las de educadores, enfermeras, psicólogos, psicosociólogos... En ciertos países como Francia, Bélgica y Suiza se plantea la delicada cuestión de la identidad profesional puesto que el Trabajo Social agrupa a tres profesiones: los asistentes sociales, los educadores y los animadores. En algunos países se utiliza indistintamente "servicio social" y "Trabajo Social", en otros sólo los asistentes sociales son equiparables a los trabajadores sociales...por lo que hay una dificultad para utilizar un término unívoco para caracterizar una profesión.

Respecto a la cuestión de la Formación, Deslauriers y Hurlbutise concluyen que los trabajadores sociales se forman generalmente en la Universidad, señalan los cambios que se avecinan en el espacio europeo, apuntan la presencia del Estado a la hora de fijar las orientaciones de la formación, ver los contenidos etc. Reconocen también que la formación superior en Trabajo Social y el desarrollo de la investigación comienza ahora a manifestarse y a dar resultados tentativos. Subrayan un retardo considerable en relación con el mundo anglosajón, y por último apuntan las diferentes relaciones con otras ciencias sociales y el grado de autonomía del Trabajo Social, mayor en unos países y menor en otros.

En cuarto lugar, los autores intentan concluir respecto a las orientaciones de la práctica del Trabajo Social que afirman es extremadamente variada tanto en los lugares donde se ejerce como en los enfoques metodológicos. Desde este punto de vista se señala cómo a nivel internacional, el Trabajo Social ha evolucionado desde un enfoque individual vinculado a la caridad a un enfoque científico y multidisciplinar. A partir de las influencias de M. Richmond, que se generalizaron, se planteó también la intervención desde el grupo y la intervención comunitaria que suponen un progreso metodológico con origen también en los países anglosajones. Se hace una referencia a la reconceptualización latinoamericana que también llegó a España y a Portugal y sobre la que aun se sigue discutiendo, especialmente en Latinoamérica, porque en España, desde luego, más allá de círculos académicos muy minoritarios, las preocupaciones epistemológicas, metodológicas, de investigación... van por otros derroteros desde los años 80.

La confusión entre profesión y militancia política, práctica militante, en la que algunos autores se empeñan en instalarse nos parece ya a muchos, entre los que me cuento, algo superado y propio del pasado. Como he escrito en otro lugar, no sé por qué se plantea la cuestión en lo que afecta al Trabajo Social y en manera alguna a la Sociología, la Psicología o a la Antropología Social y Cultural. Estas últimas serían Ciencias y los trabajadores sociales –no sé en calidad de qué, puesto que se niega que el Trabajo Social sea una profesión– habrían de convertir sus prácticas (¿filantrópicas, profesionales?) en algo unido ¿en la vanguardia? a los intereses de los sectores populares.

Cuando Enrique Di Carlo y otros colegas se ven obligados a editar un libro (Fundación Paideia, 2005) con el llamativo título de "La profesión de Trabajo Social", es porque se ven involucrados en una polémica viva todavía y obligados a defender que "el Trabajo Social es una profesión, es decir una actividad humana capacitada universitariamente y reconocida en la sociedad como digna y necesaria". A lo mejor, quien mantiene lo contrario viene viviendo de la profesión del Trabajo Social, o de la enseñanza del Trabajo Social, lo cual sería ya el colmo de la incoherencia.

Me permitiría sugerir a aquellos colegas suramericanos que al amparo de una pretendida construcción de una identidad propia se empeñan en prolongar la polémica, que vayamos pasando página. Efectivamente, cada país puede construir las profesiones que quiera, o aquellas que necesite, que diría Foucault. Cada cual puede asumir los compromisos políticos que sean de su gusto, al menos en una sociedad democrática. Faltaría más. Pero después de cien años, el Trabajo Social a nivel internacional, comparte no menos cuestiones que otras profesiones y disciplinas del ámbito de lo social y en consecuencia, pueden subirse a ese carro o seguir empeñados en construir un vehículo propio, a costa de romper lazos incluso con algunos países muy próximos, de parecidas circunstancias sociopolíticas, pero que optaron hace años por trabajar en una disciplina científica que avanza con su propia identidad profesional y disciplinar en la "casa común" de las ciencias sociales. Sinceramente, debatir siempre es bueno, enriquecerse mutuamente es imprescindible, reconocemos además una cierta deuda con lo que algunos autores de la reconceptualización propusieron en su momento, pero vamos a ponernos a la obra para que esta profesión/disciplina responda a los retos del siglo XXI, de la globalización, con capacidad de dar respuesta a los problemas sociales de las sociedades desarrolladas y de las menos desarrolladas y de aquellas que sufren las más sangrientas injusticias, como las del continente africano. Soy de los que piensan que sólo con un mayor rigor metodológico, con una mayor formación científico-técnica, los trabajadores sociales podrán aportar algo realmente valioso a las sociedades en las que ejercen siendo coherentes además con sus tradiciones profesionales y coherentes con aquellos valores con los que nació la profesión,

hoy reflejados en los códigos de ética profesionales, aprobados por nuestros organismos internacionales.

Del texto y de sus conclusiones se podían deducir otras cuestiones tan apasionantes como las anteriores, apasionantes para aquellos a los que nos gusta el Trabajo Social, para aquellos que como profesionales del mismo o como docentes, estamos embarcados desde hace décadas en aquella nave que una generación de mujeres comprometidas en las principales batallas sociales del momento, de una gran categoría intelectual, vinculadas a las principales corrientes de pensamiento social y sin ningún tipo de complejos, lanzaron a las procelosas aguas de la intervención social amparadas y confiadas en que el diálogo permanente con las ciencias sociales, haría concluir el viaje arribando a buen puerto. La nave se ha hecho grande, y como otras (la Sociología, la Antropología Social y Cultural, la Psicología, la Psicosociología...) adopta caras y formas diferentes, pero está llamada a crecer todavía más en la medida en que la solidaridad sea un objetivo cada vez más real en este mundo globalizado.

Deslauriers y Hurtubise han hecho un buen servicio para tomar el pulso a esta nave multiforme ayudándonos a, como se dice en Antropología, conociendo a los demás nos conocemos mejor a nosotros mismos.